

ENTREVISTA

Tremendamente humana, la escritora Ana María Matute reflexiona sobre su propia vida, un camino en el que ha perdido algunas «cuentas de colores»

Ana María Matute

«Lo peor en este mundo es sobrevivirse»

[Por Victoria Prego]
[Fotografía: Clara Isamat]





Ana María Matute vive en una casa muy grande que al visitante puede parecerle muy pequeña si no se asoma al pasillo, y yo no lo hice. Pero sí me asomé a todas las fotos que la escritora tiene expuestas sobre una mesa redonda en número tal que parecen ser algo más, mucho más, que un mero adorno. Me parece que son las imágenes de esa memoria que la acompaña las que le permiten conservar casi intactas la timidez, la vehemencia, la desbordante gestualidad de sus manos y de su cara. Y aunque habla rotunda de lo muy peligrosos que resultan los juegos de espejos que conforman la vida, todavía conserva espejos diminutos bordados en los almohadones que cubren el sofá. Los habrá reducido para poder por fin dominarlos. Será eso

-¿Qué tal le va por la Academia de la Lengua?

-Yo soy una novata, una principiante, voy allí y escucho, escucho muchísimo. Alguna vez digo alguna cosilla, pero poco, porque soy muy tímida.

-¿Sigue siéndolo todavía?

-Uf, hasta la muerte seguiré siendo tímida, y por eso a veces tengo el arrojito de los tímidos. De todos modos, la Academia cada vez es menos cerrada y, además, hay una preocupación hacia la mujer mucho más grande.

-¿Y no se siente fuera de juego en ese ambiente tan circunspecto?

-No, aunque yo, la verdad, siempre me he sentido fuera de juego en todos los ambientes. Toda mi vida... siempre he tenido la sensación de que estorbaba en todas partes.

-Bueno, algún momento habrá habido en el que se haya sentido acogida.

-Ah, sí, y amada, eso es muy importante. Con esas palabras me refiero a la sociedad, al mundo circundante.

La Isla de Nunca Jamás

-Cuando se tiene esa sensación ya en la infancia se tarda mucho tiempo en superarla.

-Quizás toda la vida. Pero yo he encontrado gente maravillosa, y entre ellos los escritores, claro, donde yo nunca me he sentido rechazada. De repente encontré la Isla de Nunca Jamás, ¿entiendes? Y allí me sentí bien.

-¿Cuántos hermanos eran en su casa?

-Cinco, yo era la segunda. Mi padre me quería mucho, y mi madre también, lo que pasa es que cuando uno es niño no interpreta bien a las personas mayores. O las personas mayores no son lo suficientemente sensibles como para saber lo que necesita un niño. Por ejemplo, mi madre, me hizo la vida imposible. Era muy, muy severa con todos, y especialmente conmigo. Sin embargo, yo con los años me di cuenta de una cosa: de que mi madre era una persona fantástica, una señora de la época, pero que hubiera querido ser como yo. Ella quería que yo fuera precisamente esto y, en aquellas circunstancias tan adversas, fue la única que recogió todos mis cuentos de cuando yo tenía cinco años. Y yo los tengo ahora porque ella los guardó y, cuando me casé, me los dio. Me quedé... (pone cara de estupor).

-¿Y cuánto tiempo ha tardado en descubrir que el trato que le daba su madre y que tanta inseguridad le producía no era más que exigencia?

-Puf, años, muchos años. Treinta y tantos años. Entonces, cuando se murió, fue justamente cuando nos encontramos, cuando nos comprendimos, y cuando yo le daba a leer libros de Simone de Beauvoir y no solamente se los leía, sino que los entendía. Eso fue al fi-



«Siempre me he sentido fuera de juego en cualquier ambiente. Toda mi vida... siempre he tenido la sensación de que estorbaba en todas partes»

nal de su vida, mi padre ya había muerto entonces. Así que le perdonó la tartamudez que padeció de niña y todo lo demás...

-No tengo que perdonarle nada, porque eso del perdón es una idea judeo-cristiana. A mí me gusta más la palabra «comprender».

Una nueva mirada

-Me sorprende, porque yo tenía la idea de que usted había pagado un alto precio en la niñez por intentar crecer de otra manera.

-Sí, Victoria, pero ahora que me voy haciendo cada vez más anciana me parece que la vida es un juego de espejos, y el último espejo, que es el del último camino, me está revelando cosas que no sabía ver, que había confundido y que había visto mal. Los juegos de espejos son muy traidores y muy engañosos. Ahora veo las cosas de frente, cosa que nunca he sabido hacer. Hay un libro mío en el que el personaje central tenía los ojos en las sienes, como los caballos, para no ver la vida de frente. Yo he sido así durante muchos años, y ahora de repente me he cogido los ojos y me los he puesto aquí (se señala la cara con las manos). Y ahora que tengo cataratas, me gusta enfrentarme con todo ese juego de espejos y decir: «Bueno, vamos a ver esto cómo es». Y creo que estoy intentando, por lo menos, ser más justa con todo el mundo. Con todos, con



Ana María Matute saluda cariñosamente a Victoria Prego antes de comenzar la entrevista

«Aceptemos que, al final, la vida es lo único que importa, y yo la he vivido a tope. A mí nunca me han ocurrido cosas grises, tranquilas, normales»

los que me han hecho el bien y con los que me han hecho el mal, que también me lo han hecho.

-Es decir, que incorpora una nueva forma de mirar ahora.

-Sí, más serena, más tranquila. Ahora ya carezco de la pasión, ahora ya no soy una mujer apasionada, soy una mujer más justa, más alegre.

Tocar el odio

¿Por qué más alegre?

-No sé. Porque ¿tú sabes que el final de la vida no es triste? Más alegre en el sentido de decir: «Hombre, aceptemos lo que hemos sido, aceptemos lo que somos, aceptemos que, al final, la vida es lo único que importa, y yo la he vivido, Victoria, la he vivido a tope. Cuando llegas a ancianita y te das cuenta de las cosas tremendas y las cosas maravillosas que me han ocurrido... Porque es que a mí nunca me han ocurrido cosas grises, cosas tranquilas, normales. Bueno, de cuando en cuando, pero pocas veces. Todo lo demás ha sido superlativo (se ríe).

-Enuméreme las buenas y las malas.

-Las malas -no quiero decir nombres- en la infancia: la intransigencia, la incompreensión, las monjas... Me hicieron sufrir mucho las monjas, la guerra, pero también ¡qué maravilla fue la guerra! No la guerra, si-

no mis circunstancias en la guerra: una niña de la burguesía catalana que, de repente, se encuentra cara con la verdad. Fue como si se hubiera vaciado la piscina en la que transcurría y flotaba mi vida y de repente aparecieran cosas que nunca hubiera podido imaginar que existían. Claro, para mí aquello fue tremendo por un lado, porque conocí la muerte, conocí el odio.

¿Vió el odio?

-Lo toqué. Eramos pequeños, estábamos en casa, en la calle Platón, y por la noche oíamos el repicar de las ametralladoras en la calle y era que se estaban cargando a la gente. Luego yo veía que pasaban aquellos coches pintados, con aquellas personas, y enseñaban pañuelos manchados de sangre. No quiero insistir en esto, es tremebundo.

-Es una herida en la Historia de España. Y la memoria de esa herida es la que nos ha permitido salir adelante.

-Yo era muy niña, y mi padre nos tapaba los ojos. Un día dijo: «Vamos a dar un paseo». Y cogimos un tranvía, y de repente mi padre no tenía manos el pobre, to para tapar los ojos de todos nosotros: pasamos por delante de un convento, habían sacado a las monjas, a las momias, las habían puesto allí, y la gente estaba burlándose. Yo vi eso y vi un hombre muerto, en un solar, matado, con la boca abierta, con una mano así (deja la mano entrecerrada), con pan y chocolate. Yo he visto bombardeos, he conocido el odio a los diez años. Lo he tocado. Pero también el amor y por primera vez conocí la vida.

-Pero antes de pasar a las cosas buenas, terminemos con las malas.

-Bueno, yo tuve un matrimonio horrible, lo pasé muy, muy mal con él. Y durante un tiempo odié Madrid, que fue donde yo viví con este hombre, que no solamente no me quería sino que me explotaba. Fijate Madrid, con el recuerdo tan bonito que yo tenía de cuando era pequeña y me llevaban mis padres. Yo creo que este hombre se ha querido a él nada más. Pero cuando tuve a ese niño, mira, te voy a enseñar una fotografía, cuando yo tuve a ese niño, el mundo cambió. Cuando tienes un hijo, el mundo cambia.

Una mujer «como es debido»

-Bueno, en definitiva, cometió una equivocación manifiesta, pero también tuvo un hijo.

-Yo he tenido muchas equivocaciones manifiestas, pero ésta es que, además, fue oficial. Entonces decidí que me tenía que separar. Y fui una pionera en esto. Me separé de él y me fui. Y fijate cómo era el mundo entonces: la mujer que se separaba, aunque fuera ella la que iniciaba el proceso de separación y todo, tenía que demostrar que era una mujer «como es debido». Entonces, en aquella época el hijo se lo daban al padre. ¿Tú sabes, Victoria, que estuve dos años y pico separada de mi hijo? Ésa es de las cosas de mi vida que cada vez que me acuerdo, es que no puedo. Pero

mi suegra, que era una excelente mujer. Me dijo: «Mira, Ana María, cuando quieras ver a tu hijo, ven a mi casa». Porque él no se ocupaba de nada. Y los sábados lo iba a buscar a casa de mi suegra, y me lo llevaba. Con el poco dinero que yo tenía entonces, lo iba ahorrando y, cuando llegaba el sábado, me lo llevaba al mejor restaurante, me lo llevaba al mejor cine, aunque luego yo estuviera comiendo pan con tomate toda la semana, ¿entiendes? Pero me lo llevaba y, cuando volvíamos en el taxi, subíamos por la calle y había unas farolas de gas, pasaban las sombras y mi hijo me decía: «Mamá, mira como subimos». ¡Era tan bonito! Yo lo dejaba allí y me marchaba llorando.

¿Y cómo lo recuperó?

Porque tuve un buen abogado que lo hizo muy bien. Entonces tuve la suerte de que me ofrecieron ir a Estados Unidos y allí me fui con mi niño. Y el mundo cambió, se encendió. Y conocí al gran amor de mi vida, que fue el verdadero padre de mi hijo. Nunca le agradeceré suficiente...

Estupendo, empezamos a hablar de la parte buena.

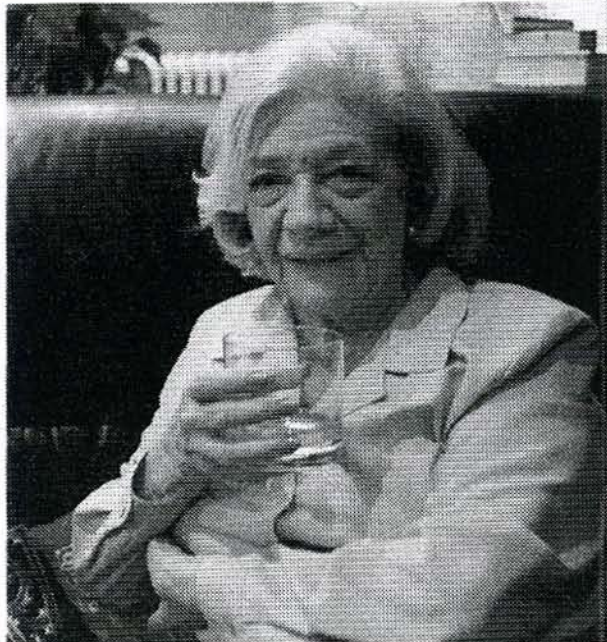
Fui tan feliz que eso no tiene precio. Es que el amor, como la amistad, no se busca, se encuentra. Encontré el hombre maravilloso, generoso, inteligente. Siempre quería estar en segundo plano, no tenía nada que ver con el mundo literario, tenía negocios. No era español, era francés. Y fue el hombre que me hizo mujer. Porque antes era una niña, una niña sabia, una niña idiota, y él me hizo mujer. Tan discreto, tan guapo, ¡estaba como un tren! (se ríe). Una noche, llevábamos tiempo saliendo, pero yo estaba muy escarmentada, me acuerdo que estábamos cenando y hablando y de repente, sentí que algo salía de mí hacia él, lo podía tocar. Y a partir de ese momento, pues mira, veintiocho años hemos estado juntos. Con nuestras cosas, ¿eh? Porque ni él ni yo éramos dos seres angélicos y pasamos algunos momentos incómodos, pero nunca malos, y amándole muchísimo. Yo sé lo que es amar. Él me decía muchas veces: «¿Tú sabes, Ana María, que hay muchísima gente, la mayor parte de la humanidad, que se muere sin conocer lo que tú y yo sabemos?»

¿Es en ese tramo de mujer querida, acompañada y cobijada, de mujer feliz, cuando escribe o es cuando no escribe?

¿Es cuando escribo!

Entonces, ¿cuándo no escribe?

Cuando de repente me ocurre una cosa terrible. ¡Somos tan frágiles los seres humanos! ¿Tú sabes que las depresiones que se pueden combatir bien son aquellas que se sabe cual es su causa externa? Las que no tienen causa aparente, esas son las malas. Ésa fue la mía. Cuando yo tenía el amor de mi vida, en mi trabajo un éxito bastante notable, un hijo maravilloso, de repente, me hundi. No me hundi desde el punto de vista humano, no. Yo seguía amando mucho a mi marido, a mi hijo. Pero, de repente, empecé a tener casi odio a mi trabajo, asco. No, no quiero ser tan ruda. Rechazo, no lo sé. Porque después yo tuve un médico estupendo que me lo explicó muy bien. Un médico maravilloso, yo siempre recomiendo a la gente que, cuando se en-



«Alguien me escribió una carta que decía: "Cuando terminé de leer El Rey Gudú, me expulsaron del reino de Olar y, desde entonces, vago a la deriva. Gracias Ana María". ¡Esto es el éxito!»

cuentre en situaciones así, parecidas, que vayan a un médico, pero que vayan a un buen médico. No a uno de esos que a lo mejor tiene mucha fama, pero luego nada, ¿eh? Que vayan a un buen médico. El mío me sacó de esto.

Cuéntame un cuento

Resolvió su problema de depresión, pero no volvió a tomar la pluma.

«Sí, no sé por qué. La verdad, Victoria, no lo sé. Pero un buen día, pues sí, escribí un cuento para niños que se llamaba «Sólo un pie descalzo», que tenía bastantes cosas que recordaban mi infancia, y con ese libro van y me dan el Premio Nacional de Literatura Infantil. Entonces me sentí muy animada y empecé a escribir otra vez, pero no acababa yo de... Tenía timidez, me volvió la misma timidez que a mis cinco o seis o siete años. ¿Sabes una cosa, Victoria? Yo siempre he tenido, y tengo, mucho miedo a la gente. Por ejemplo, cuando debo dar una charla, si no me tomo un whisky es que me muero. Cuando veo mucha gente junta me da un miedo horroroso de que me vuelva la tartamudez. Ésa

Las
Autoridades
Sanitarias
advierten
que el
tabaco
perjudica
seriamente
la salud.

Nic.: 0,9 mg.

Alq.: 12 mg.



es la angustia que me da antes de dar una charla: ¿volveré a ser tartamuda?

-¿Cuándo dejó usted de serlo?

-Con los bombardeos. Como te lo cuento. Porque lo mío era una cosa psíquica. Entonces, cuando empezaron los bombardeos, oíamos caer las bombas, y, joder, se me fue el tartamudeo para el resto de mi vida, oye.

-¿Qué está haciendo ahora?

-Estoy haciendo las ilustraciones para todos mis cuentos para niños y, además de eso, tengo que tener el libro, el nuevo.

-¿Como se va a llamar?

-«Aranmanot (mes de las espigas)», que es agosto en el calendario de Carlomagno. Tú sabes que estoy inmersa en la Edad Media. He imaginado una leyenda apócrifa muy bonita, por lo menos a mí me lo parece, de unas ciento cincuenta páginas, y quiero cuidarlo porque le tengo mucho cariño a este libro. Luego, el próximo es muy de la época actual. No se puede contar todavía pero lo tengo dentro, y no tiene nada que ver con leyendas ni con la Edad Media. Hace tiempo ya que lo tenía aparcado. Se llama «El Paraíso Inhabitado».

-Ese libro está presente en su vida desde que regresa usted a la escritura pero nunca sale a la luz. ¿Por qué?

-Porque yo tenía que sacar antes «El Rey Gudú». Ése es el libro de mi vida. Los otros están muy bien, y sa-

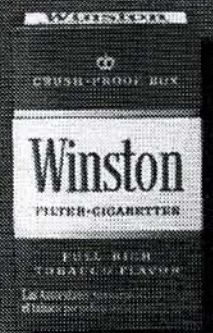
«He perdido alegría de vivir y capacidad de indignarme y de reírme. Pero lo que me da más pena es que he perdido capacidad de llorar, de que me caigan las lágrimas»

be Dios que me gustan y que son muy míos, pero que este libro para mí era, y sigue siendo, una especie de suma de todo lo que me hizo ser como soy. Yo empecé de niña en la literatura con los cuentos de hadas ropeos, con todo ese mundo, y quise recuperar lo que soy, de dónde vengo literariamente. Rescatar lo que me ha hecho ser como soy, soñar como sueño, protestar como protesto, gozar como gozo, y lo que me ha hecho odiar... Bueno, yo no sé odiar, pero conozco a los que odian y sé como son los que odian.

-¿Y cómo se relaciona con ellos? ¿Escapa, les enfrenta?

-Como a todo el mundo, los miro. Yo he tenido siempre la impresión de que estoy como en un palco.

pinta de acelerado



El sabor
de lo genuino

rando. Lo que pasa es que de cuando en cuando me tiran un huevo podrido y me da en la jeta.

-O le lanzan unas flores. ¿Cómo vive su éxito? ¿Lo esperaba, lo exigía, le abrumba?

-Es que yo no sé qué es el éxito. No entiendo muy bien eso. ¿Qué es el éxito? A mí, que te escriban cartas, como hace cuatro meses o así, que me escribió alguien que me decía: «Cuando terminé de leer "El Rey Gudú", me expulsaron del reino de Olar y, desde entonces, vago a la deriva. Gracias Ana María». ¡Esto es el éxito! Lo demás, ¡puaj!

Cuentas de colores

-En alguna ocasión ha dicho que cuando se vive se pierden cosas, ¿por qué?

-Mira, te voy a contar lo que yo he perdido. He perdido, para empezar, inocencia, aunque aún me quedan reservas, ¿no? He perdido alegría de vivir, sí, he perdido capacidad de indignarme. Yo ya no me pongo furiosa, dejo que se pongan los demás. Y también he perdido capacidad de reirme. Me encanta reirme, es verdad que la risa nos alarga la vida, y cada vez me cuesta más reirme. Pero lo que me da más pena de todo es que he perdido capacidad de llorar, no de sentirme apenada, pero sí de que me caigan las lágrimas y, si me caen, me caen hacia dentro. Y, hablando ya de lo

más prosaico, que es lo más verdadero, a veces digo: «Este plato, ya no me sabe igual». Es lo que decía Woody Allen: «Todo el mundo habla mal de la realidad, pero la realidad es el único lugar donde yo puedo encontrar un buen bistec» (se ríe a carcajadas). La vida es un camino donde se van perdiendo cuentas de colores...

-¿Y ganar?

- Amargura... ¡No es verdad!, yo no estoy amargada, lo he dicho porque hay que decirlo (se ríe). Lo que se gana: paciencia, paciencia, mucha paciencia.

-¿Sólo eso?

-No, hombre, he ganado toda una vida, toda la memoria de una vida. Parece que es una cosa muy tópica, los recuerdos. Pues sí, los recuerdos están muy bien.

-Un día afirmó usted algo que me sorprendió. Le dijeron «¿Qué cosa no le han preguntado nunca?». Y entonces usted se rió y contestó: «No me han preguntado nunca por qué no me he muerto a tiempo».

-¿Dije yo eso? (se ríe). ¡Bien dicho! No sé por qué lo diría en ese momento, pero me parece bien porque lo peor en este mundo es sobrevivirse. Todos tenemos nuestros límites. Intentar prolongar esos límites, eso sí que no.

-¿Quiere algo? ¿Espera algo?

- (Hace un movimiento con los brazos para abarcar el espacio de su casa, donde vive con su hijo y su nuera y dice): Todo lo que espero está aquí. ▶